

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

FOUCHE, por *Stefan Zweig*.—«Ed. Nueva Epoca». Segunda edición. Santiago 1933.

Stefan Zweig es uno de los escritores más interesantes de la época contemporánea. Autor de novelas, dramáticas e intensas; de ensayos notables por la perspicacia y profundidad analítica, de biografías psicológicas, si así pudiéramos llamarlas, como esta de Fouche, etc. desparrama su talento utilizándolo en obras de alta estatura y de clima denso y magnífico. Su estilo rico, preciso hasta lo verdaderamente admirable, opulento de sugerencias, tanto de carácter ideológico como artístico, extraordinariamente dúctil y rítmico, cargado de ideas originales y de observaciones penetrantes, coloca a sus libros en una ubicación señera, inconfundible. Todo lo que toca el soplo mágico de su lenguaje adquiere contornos y formas peculiarísimas destacándose con una vitalidad apasionante, con una ondulación interna vertiginosa. Tal sucede con «FOUCHE».

José Fouche ha sido, seguramente, como los Borgia, uno de los individuos más calumniados y peor conocidos de la historia. Antes de Zweig y si exceptuamos a Balzac y Madelins, nadie había intentado seriamente estudiar su carácter o «su admirable y persistente falta de carácter», como dice Zweig. Todos los epítetos más ofensivos se los habían acumulado; pero ninguno había pretendido comprender la fuerza poderosa que alentaba en ese cuerpo enjuto y desagradable, ni el talento excepcional que lo hacía agitarse y moverse. Ni Robespierre, ni Carnot, ni Napoleón, ni Talleyrand tuvieron nunca una observación justificada sobre Fouche. En las Memorias de éstos, cuando aparece

el nombre del Duque de Otranto, es solo para envolverlo en frases mordaces, despectivas e injuriosas. La historia después lo desplazó hacia un plano de inferioridad irritante, desconociéndole sus extraordinarias cualidades, a pesar que, como manifiesta Zweig, «Fouche dirigió en un momento en que se transformaba el mundo todos los partidos y fué el único en sobrevivirlos y que en la lucha psicológica venció a un Napoleón y a un Robespierre».

Balzac, conocedor sagaz de los hombres, fué uno de los primeros en comprenderlo y hacerle justicia. Lo considera como «le plus forte tête que je connaisse» y agrega que a «Napoleón le causaba una especie de miedo». Aun mas, dice Fouche «haber tenido más poder sobre los hombres que el mismo Napoleón». Y esta observación certera, plenamente confirmada por el tiempo: «Fouche es una de esas figuras que tienen tanta profundidad bajo la superficie que permanecen impenetrables en el momento de la acción y a los que solo puede comprendérseles a través de los años». Precisamente, manifiesta Zweig, fué Balzac el que lo hizo acercarse a Fouche, el primero que lo atrajo al estudio de la personalidad de este hombre que «parecía haberse propuesto, lo mismo en la vida que en la historia, ser una figura de segundo término, un personaje a quien no agrada que le observen cara a cara, que le vean el juego. Casi siempre está sumergido en los acontecimientos, dentro de los partidos, entre la envoltura impersonal de su cargo tan invencible y tan activo como el mecanismo de un reloj. Y rara vez se consigue captar, en el tumulto de los sucesos, su perfil fugaz en las curvas más pronunciadas de su ruta. ¡Y más extraño aun! Ninguno de estos perfiles de Fouche, cogidos al vuelo, coinciden entre sí a primera vista. Cuesta trabajo imaginarse que el mismo hombre que fué sacerdote y profesor en 1790 saquease iglesias en 1792, fuese comunista en 1793, multimillonario cinco años después y Duque de Otranto algo más tarde. Pero cuando más audaz le observaba en sus transformaciones, tanto más interesante se me revelaba el carácter o, mejor la carencia de carácter de este tipo maquiavélico, el más perfecto de la época moderna. Cada vez me parecía más atrac-

tiva su vida política, envuelta toda en lejanía y misterio, cada vez más extraña, más demoníaca su figura. Así me decidí a escribir, casi sin proponérmelo, por pura complacencia psicológica, la historia de José Fouche, como aportación a una biología que estaba sin hacer y que era necesaria: la biología del diplomático, la más peligrosa casta espiritual de nuestro contorno vital, cuya exploración no ha sido realizada plenamente».

José Fouche nació en Nantes, en 1759. Descendiente de marineros y mercaderes, sus padres quisieron hacerlo marino. Mas, luego vieron que este oficio duro, más duro en aquellos tiempos, no convenía a José, «muchacho delgaducho, alto, anémico, nervioso». Pronto comprendieron que donde mejor se desarrollarían las aptitudes del muchacho sería en la Iglesia y ahí lo introdujeron. En el Colegio de los Oratorianos lo hicieron profesor. Vistió el hábito de clérigo y durante diez años vivió entre los demás padres como cualquier sacerdote. «Pero no toma las órdenes mayores, no hace voto; como en todas las situaciones de su vida déjase abierta la retirada, la posibilidad de variación y cambio. A la Iglesia se da temporalmente y no por entero, lo mismo que más tarde al Consulado, al Imperio o al Reino. Ni siquiera con Dios se compromete José Fouche a ser fiel para siempre».

Los diez años que permaneció Fouche en la Iglesia le fueron sumamente provechosos, aprendiendo en ellos «el arte de callar, la ciencia magistral de ocultarse a sí mismo, la maestría para observar y conocer el corazón humano. Si este hombre, aun en los momentos de mayor pasión de su vida, llega a dominar hasta el último músculo de su cara; si es imposible percibir una agitación de ira, de amargura, de emoción en su faz inmóvil, como emparedada en silencio; si con la misma voz apagada sabe pronunciar lo cotidiano y lo terrible y si puede cruzar con el mismo paso sigiloso los aposentos del Emperador y la frenética asamblea popular, ello se debe a la disciplina incomparable aprendida en los años de religión; a su voluntad domada en los ejercicios de Loyola, y a su expresión educada en las discusiones de la retórica eclesiástica secular. A esto reúne Fouche una autodisciplina férrea, casi espartana, una resistencia inte-

rior extraordinaria contra el lujo y la fastuosidad y el arte sutil de saber ocultar la vida privada y el sentimiento personal. No, estos años de Fouche a la sombra de los claustros no fueron perdidos. Aprendió enseñando.

Luego llega el año de 1788 y en Francia empieza a agitarse la ola de las grandes inquietudes sociales y en todas partes, hasta en los conventos, los individuos se preocupan de discutir los nuevos postulados que inician la convulsión más formidable de la historia francesa. Los acontecimientos se precipitan y desemboca el año de la revolución. José Fouche abandona el hábito y se lanza al juego vital y apasionante de la política. Vive en el puerto de Nantes. Pronto le nombran presidente de un club. Elogia el progreso, los nuevos ideales que se van incrustando inevitablemente en la mayoría de los hombres. Pero siempre con cautela, sabiendo mantenerse equidistante de los extremos, equilibrándose con sabiduría, pues los ciudadanos de Nantes son personas moderadas, del centro, y todo extremismo ideológico no les es de sus agrado. Se casa en seguida con una rica heredera burguesa, intentando transformarse él mismo, lo más pronto posible, en un perfecto burgués ya que para un observador tan sagaz como Fouche no se le podía ocultar que el poder tendría que caer irremediabilmente en manos de la burguesía. El Tercer Estado rápidamente tendría que darse cuenta de su potencia y cumplir su destino histórico. En las elecciones para la Convención lo eligen diputado. Tiene entonces treinta y dos años. «No es de agradable presencia, ni mucho menos: cuerpo seco, casi espectralmente esmirriado; cara de huesos finos y líneas picudas; afilada la nariz; afilada y estrecha también la boca, siempre cerrada; ojos fríos de pez, bajo párpados pesados, casi adormecidos, con las pupilas de un gris felino como bolitas de cristal. Todo en esta cara, todo en este hombre está, por decirlo así, provisto de una menguada y fina materia vital».

En la sala de la Convención Fouche no vacila en la elección del sitio que debe ocupar. Arriba, cerca de la muchedumbre, colindante con el pueblo, en los asientos más altos del anfiteatro, están los apasionados, los fogosos. los impacientes, los que

quieren la «révolution intégrale». Sus jefes, Marat, Danton, Robespierre, el incorruptible, todos los dominadores de «la montaña». Abajo, en el «el llano», en el «marais», como llaman a los vacilantes, a los indecisos, están los tranquilos, los serenos, los que quisieran que la revolución detuviera su marcha, pues la República ya les parece completa, con su Constitución, el destronamiento del Rey y el desplazamiento de la nobleza del poder. Los girondinos Condorcet, Roland, Vergniaud, son sus jefes. Entre estas dos fuerzas se mantiene, oscilando, la revolución. Pero José Fouche no vacila. Sabe que por el momento su puesto está entre los moderados, entre los girondinos. Es la mejor ubicación para aguardar, porque es difícil preveer el camino que seguirán los acontecimientos y es demasiado pronto para comprometerse. Además, los moderados, son la mayoría y José Fouche siguiendo su táctica oportunista, está siempre solo con la mayoría. Pero llega el 15 de enero del 93, la víspera de la votación para definir el destino de Luis Capeto. Fouche es girondino, tiene la obligación de satisfacer a sus electores— todos moderados—y debe votar por la clemencia del Rey. Escribe un discurso ese día para justificar este anhelo de clemencia.

«Pero entre aquella noche del 15 de enero y la mañana del 16 transcurre una noche intranquila y agitada. Los radicales no han estado ociosos: han puesto en marcha la máquina de la rebelión de las masas que saben dominar tan magistralmente. En los arrabales truenan los cañones del escándalo; las secciones llaman con sus tambores a las gentes del pueblo; todos los batallones irregulares de la rebelión, a los que recurren siempre los terroristas invisibles, que los mueven para alcanzar por la fuerza decisiones políticas y a los que ponen en acción en pocas horas un gesto de Santerre. Son conocidos estos batallones de los agitadores de barrio, de las pescaderas y aventureros, desde la gloriosa conquista de la Bastilla; se les conoce de la hora vil de los asesinatos de septiembre. Siempre, cuando hay que romper el dique de las leyes, se revuelve a la fuerza esta gigantesca ola del pueblo, y siempre lo arrastra todo consigo, irre-

sistible, hasta a aquellos a quienes ha hecho surgir de sus bajos fondos.»

Esta noche y ese amanecer tempestuoso comunica sostenidas vacilaciones en los diputados girondinos. Los que estaban resueltos a votar contra la sentencia de muerte del Rey, dudan. Ya no mantienen la misma seguridad que el 15 de enero. Las masas, violentamente agitadas por «los montañeses» están enfurecidas. Insultan, amenazan y el miedo se apodera de muchos espíritus. Porque el 16 de enero será el día decisivo. Nadie podrá escamotear su pensamiento, su resolución. Todos deben concretarse al «sí» o al «no». La última esperanza de los medrosos, la votación secreta, es también perdida. No hay más remedio que concretarse, definirse. Ya entrada la noche empieza la votación. Y es precisamente el jefe de los girondinos, Vergniaud, el que primero traiciona y vota por la muerte de Luis Capeto. Y Fouche—¿cómo no, si la mayoría pedía la muerte?— en la hora de su turno, también pronuncia las dos palabras fatídicas: *Le mort*.

Después Fouche tratará durante muchos períodos de su vida de excusar la actitud asumida en ese día. Mas será inútil. Esas palabras fueron dichas públicamente y existen demasiadas pruebas para que pueda borrarlas. Es su primera caída oficial, como dice Zweig.

Pero desde entonces continúa desarrollándose, siempre en grado ascendente, la vida de este personaje extraordinario. Durante el Consulado, en el Imperio, en la restauración de la Monarquía, en el Gobierno de los cien días, nuevamente con Luis XVIII, José Fouche mantendrá siempre su tino, su cautela, su oportunismo genial. Su primera caída no tiene consecuencias inmediatas, al contrario, muchas veces le resulta de una utilidad manifiesta. Es una caída que sólo le será perjudicial al fin de su carrera. Pero ante la historia, como dice Zweig, no tiene Fouche por qué avergonzarse de ella: otros más fuertes, como Robespierre y Carnot, Lafayette, Barras y Napoleón, los más poderosos de su tiempo, serán burlados por él en la hora de la desgracia.»

Dan deseos de continuar glosando este libro impresionante de

Zweig, la biografía más notable que conocemos. Ni Ludwig, con su «Napoleón», ni Maurois, ni Satrachev, los mejores biógrafos contemporáneos, han alcanzado a la penetración tan absolutamente completa, al conocimiento tan profundo y cabal, de un personaje biografiado, como Zweig. Ninguno, además, posee un lenguaje tan ardidado y apasionante, como el autor de «Amok».

Si con esta glosa consiguiéramos incitar a la lectura de esta obra, estaría desde ya plenamente justificada. Por lo demás, son esas nuestras aspiraciones.—A. T.

POESIA

HAZ, por *Aristeo Martínez de Aguilar*.

Formato grande, buen papel, muchas, demasiadas páginas en blanco; un prólogo breve, y, como consecuencia, como justificación de él, unos versos también breves, escasos que sirven como adornos, como viñetas para que el libro no resulte completamente en blanco. Por el momento se le puede agradecer a Aristeo Martínez de Aguilar la brevedad, la sobriedad en la cantidad que hace posible leer su obra (1) en cinco minutos, lo que impide que el lector siquiera arrugue el ceño. Sin duda, como sistema no es aconsejable hacer libros de esta manera, aunque es lo más fácil para pasar por autor. En una página se escribe una palabra: HAZ, en este caso. La página que continúa, en blanco. La del frente, con estos versos bien al centro; con sabiduría tipográfica, equidistante de las cuatro esquinas de la hoja:

Haz de dos colores
y alegrías.
Cosecha del camino:
espigas ya maduras,
segadas por mi mano
en la amplia
sementera
del destino.

(1) Editorial «Boi». México D. F. 1933.